



Núm. 2.º

20 de Noviembre de 1860.

Año I.

EL NIÑO Y EL ROSAL.

I.

En uno de los más pintorescos pueblos de las Alpujarras vivía hace algunos años una mujer pobre en bienes, pero tan rica en virtud, que las sencillas gentes del lugar la llamaban á una voz la *santa mujer*.

Y á fé que su virtud y su paciencia habian sido puestas á prueba de una manera terrible. Jóven aún, habia visto partir á su esposo para esa guerra gigante en que nuestros padres vencieron al vencedor de las naciones, y el beso de despedida fué el último que recibió de su boca, porque la primera noticia que de él tuvo fué la de su muerte.

Húmedas aún sus mejillas con las primeras lágrimas, una partida francesa entró en el pueblo y saqueó la casa del *brigand*, dejando á la infeliz viuda sin pan para sí ni albergue para su hijo.

El patriotismo y la caridad de sus convecinos subvinieron á sus primeras necesidades, y un trabajo incesante pudo suministrarle los ahorros necesarios para labrar una pequeña huerta con cuyo producto vivía. Pero la desgracia no habia cesado de perseguirla: un dia la arrojaron de la casa y de la huerta, y la infeliz madre tuvo que retirarse á una pequeña choza que hizo edificar con sus últimas monedas; allí levantaba continuamente su corazón á Dios, mientras su ágil lanzadera y las yerbas campestres que su niño, que entonces contaba apenas unos ocho años, recogía en el cercano monte, y los labradores más pudientes le compraban, bastaban á las reducidas necesidades de su presente; pero al contemplar la bulliciosa alegría de aquella criaturita tan inocente y tan hermosa, dice el anciano que me contó esta historia, que la pobre madre balbuceaba entre suspiros estas palabras: «¡Protegedle, Dios mio; no hagais caer sobre el hijo el crimen de sus padres!» ¿Qué será de este ángel el dia que le falte yo?

Tales eran sus palabras y las únicas quejas

que habian salido de su corazon. Cuando alguno se lastimaba imprudentemente de su fortuna, levantaba sus manos al cielo y enseñaba á confiar en Aquel que da á la rosa su vestido de púrpura y su aroma, á los pájaros sus pintadas plumas, luz á la tierra y entendimiento al hombre. Y el niño juntaba tambien sus tiernas manecitas, é hincaba sus rodillitas en la tierra, con lo que el más desesperado sentia renacer la paz, y aquel á quien más agitaban las pasiones, las veia desaparecer á la primera lágrima.

Serian las cinco de la madrugada de un hermoso dia de marzo, cuando la santa mujer, sentada en su telar, contemplaba alternativamente el movimiento de sus delgados hilos, y á su niño que separaba cuidadosamente las plantas aún aljofaradas por el rocío de la mañana, empresa en que fué interrumpido por un sonoro beso que hizo asomar á su rostro el más hermoso rubor que se vió jamás. Sorprendióle su madre, y echándole entrambos brazos á su cuello, le dijo entre triste y cariñosa: ¿Por qué te avergüenzas así de mis caricias? ¿Qué mal has hecho, hijo mio?

—Yo no sé si es un mal; pero siento dolor como si lo fuera. Al descender al valle, á que tú llamabas el otro dia nuestro jardin, arranqué un rosal que crecía entre dos rocas: ¿qué daño he hecho á nadie con esto? ¿Podía hacerle daño al rosal tampoco? ¿No cria Dios los rosales para nosotros? Pues á pesar de todo, al traer aquí las plantas que estoy separando, no sé qué impulso me ha conducido de nuevo donde estaba el rosal, y al verlo tendido, con las hojas místicas, los tallos caidos, las flores deshojadas, no sé por qué me han dado ganas de llorar. Desde entonces yo no puedo apartar de mí la imagen del rosal, antes tan hermoso, y ahora..... no quisiera entristecerte; pero siempre que lo recuerdo, sin querer, me viene á la memoria la muerte de mi padre. Madre mia! ¡madre mia! dijo el niño sollozando: ¡he hecho mal en arrancar el rosal, madre mia!

—Tu conciencia no te engaña, hijo, dijo la santa mujer; has hecho mal. ¿Qué daño te hacia esa pobre planta? Mientras trabajabas, recreaba tus sentidos con su aroma y su color; cuando vol-

vias, nunca te dejaba venir sin una flor para mí, que te valia un beso. ¿Te parece poco el precio? Ya sabrás algun dia, con dolor, que no hay nada que pueda pagar el beso de una madre. Ciertamente es que al rosal no has hecho daño; pero te lo has hecho á ti en ser desagradecido, si ahora, como siempre, el criminal es el que más sufre su delito. ¿Crees tú, por ventura, que Dios crea las flores solo para que nosotros las destruyamos? ¿Crees tú que Dios, que las crió, no las ama tambien á ellas como hijos? Si al ponernos sobre la tierra nos dió una fuerza y una inteligencia que nos hace superior á ellas, fué para que lo imitásemos á él y lo ordenásemos todo segun la razon, no segun el capricho. La naturaleza nos da la luz con que vemos, el aire que respiramos, el agua que templamos nuestra sed, la tierra que nos sustenta, el animal que nos ayuda, la belleza que nos halaga y levanta hasta Dios, y nosotros le pagamos sus beneficios arrebatándole su belleza, arrancándole sus hijos. ¿Qué sería de mí si otro más poderoso te arrancase de mis brazos, hijo mio?

—He hecho mal, he hecho mal; pero ¿cómo remediarlo? ¿Cómo volver á esa planta la vida que le he arrancado sin razon?

—Para remediar el mal nunca es pronto; vé, hijo mio, que el arrepentimiento borre tu culpa; vé y busca á la pobre planta, y ya que la has privado de la tierra que la sustentaba, hazte tú su protector, y si alguno se rie de tu cuidado y del agradecimiento que puedes prometerle, contéstale sin vacilar que no hay bien, por pequeño que sea, que merezca despreciarse; y que el que en el bien busca el agradecimiento, busca su utilidad y no el bien. Seamos buenos porque debemos serlo, y dejemos á Dios el cuidado de premiarlo.

Así dijo la santa mujer, y el niño corrió como se corre en su edad para hacer una buena obra: el rosal fué puesto en un excelente tiesto, y los cuidados le reanimaron al punto de ser el asombro del pueblo; y cuentan que este era tan fértil, que le llamaban las gentes el florero de la Alpujarra.

II.

Os dejaba, hijos míos, tan contentos con la suerte del rosal, que temo entristeceros ahora;

pero no tengais cuidado, que Dios es justo y misericordioso, como decia la santa mujer.

Sucedió pues, que la pobre madre enfermó y se encontró al cabo de algunos días sin ningún recurso. Un rico señor de las cercanías intentaba entonces celebrar una fiesta, y envió comisionados á este pueblo, por la fama que en todos sus alrededores alcanzan sus flores. Ninguna vió más hermosas que las del rosal de la santa mujer, y noticioso de su estado, ofreció por él una cantidad mucho mayor de lo que pudiera prometerse.

Mucho amaba el niño al rosal, pero queria más á su madre; así que, obedeció resignado la órden; pero al entregar aquel hijo de sus cuidados, al mirarlo quizá por última vez, no pudo contener sus lágrimas.

—Mira, hijo mio, le dijo la santa mujer, cómo Dios es justo; tú hiciste un mal, y él te castiga; pero no te entregues al dolor, ni desconfies; que si es justo, es misericordioso tambien; y si castiga, es para corregir, no para matar.

Así dijo la santa mujer; pero se olvidó decir, que al par que castigaba á su hijo, premiaba su bondad para con el rosal, dándole por su medio parte del socorro que necesitaba.

Ya se hallaba esta convaleciente, pero incapaz todavía para el trabajo, cuando concluyó de gastar el dinero que le habia producido su buena obra, y meditabunda, no sabia qué partido tomar, cuando hé aquí que oye gran alboroto en el pueblo y el ruido de un coche, cosa por aquellos contornos desusada. Mayor fué su admiración cuando ve venir á casi todos los habitantes del lugar tirando al aire los sombreros y dando gritos capaces de hacerse oír del mas sordo, y de dejarlo al que no lo fuera; y todos se entraron en su casa, y hablando todos á un tiempo, apenas se entendian estas palabras: ¡Animo, albricias, buena santa mujer!—Qué será esto? pensaba ella; pero sin dejarle hacer más conjeturas, hé aquí que baja el señor del coche, y llegándose á ella le dice, despues de sosegado un poco aquel tumulto: Hija mia, yo soy el padre de tu desgraciado esposo; yo el que por calumnias infundadas te he perseguido; pero

hème aquí arrodillado á tus pies; acabo de saber la historia del rosal, y Dios me ha hecho ver la verdad; á ti te destinó á ser la Providencia de esa pobre planta; á mí, para expiar mis yerros, me destina á ser la tuya y de tu hijo.

—Gracias, Dios mio! dijo la santa mujer; y ella, el caballero, los circunstantes todos se abrazaban y lloraban, y saltaban y besaban al niño, que á su vez abrazaba á su rosal, que el caballero habia hecho traer á prevención.

Un rayo de sol que penetró por entre las pajizas cañas de la choza les pareció á todos una sonrisa divina, y el anciano de que ya os he hablado me dijo que nunca, ni aun en el día en que nació su primer hijo, hizo con menos palabras una oración mejor.

La santa mujer no se olvidó de sus amigos en su felicidad, y reuniendo en torno suyo á todas las mujeres del pueblo, les dijo:—Enseñad, hermanas mías, á vuestros hijos cómo ningún bien hay despreciable; hacdeles comprender cómo Dios hace nacer del mal el arrepentimiento, del arrepentimiento el bien, y del bien la felicidad: enseñadles que no pongan precio á sus acciones, sino que obren con desinterés; que Dios, cuyo ojo lo ve todo, les dará premio doblado.

La santa mujer no abandonó tampoco de obra á sus antiguos convecinos, que en los malos años y en desgracias tuvieron siempre en ella su amparo.

Hijos míos, si alguna vez teneis en vuestro poder un pájaro, un perro ó un rosal, acordaos de la historia de la santa mujer, y si siguiendo sus consejos sentís que el corazón os rebosa de felicidad, pedid á Dios con vuestra inocente lengua que haga siempre bueno á vuestro amigo,

Federico de CASTRO.

SIRIA.

I.

En esa region oriental, de suelo ardiente y árido, alternado por valles feraces en que descuella la palmera del desierto, se postraron los hombres ante el que, Hijo de Dios, no vaciló en derramar su preciosa sangre para redimir al género humano del pecado original.



Bethleem fué la humilde cuna del niño Jesús, y en Siria se desenvolvió la gran epopeya del cristianismo, que terminó con la muerte del Redentor.

Siria, cuna de la civilizacion, país adorado como urna santa por los cristianos, fuente de fé, recuerdo inefable de los misterios de nuestra religion, tumba abierta siempre á los mártires

del cristianismo, ora perezcan bajo el puñal de los itureos ó sicarios, en tiempo de los cruzados ó de los drusos, en los que alcanzamos, merece que les dediquemos un recuerdo; el que echa una flor y vierte una lágrima de dolor sobre la tumba de los que perecieron adorando en Jesucristo, no dudeis, bondadosos niños, que será atendido en sus sufrimientos.



II.

El suelo de Siria está generalmente bien cultivado; los rios Eufrates y Oronte, que baja del Libano, recorren su mayor parte; consta de ciudades populosas, entre las cuales figuraron en primer término y son testimonio histórico del pueblo de Abraham, *Palmira*, edificada en un país poblado de palmeras en medio del desierto; *Damasco*, capital primitiva; *Balbek*, centro del culto del sol y de construccion gigantesca; *Palestina*, de suelo desigual y montañoso, pero feraz, interrumpido por simas y cuevas, atravesado por el Jordan, con brazos de montes, entre los que es digno de mencion el Carmelo, escabroso y desigual en sus vertientes, poblado de bosques, vivienda de los monjes Carmelitas, mano de la Providencia en esa region de sangre y esterminio.

En este país, dividido en cuatro partes, *Galilea*, *Samaria*, *Judea* y *Perea*, se encuentran, entre otras ciudades, *Nazaret*, asentada sobre una roca de caliza; *Bethleem*, edificada en una colina, lugar del nacimiento de Jesucristo y de David; *Jerusalem*, edificada sobre cuatro colinas separadas por valles profundos, y compuesta de la ciudad antigua y de la nueva, construida esta por Herodes Agripa. La ciudad antigua se dividia en alta, sentada sobre el monte Sion y rodeada de un muro en el cual se contaban hasta sesenta torres, y la ciudad baja sobre la colina Acra, en forma de media luna, y rodeada tambien de un muro, y el monte del templo llamado Becilito.

En las inmediaciones de Jerusalem se levanta el monte Olivete, y separan la Siria de la Arabia las aguas del mar Rojo, obedientes á la voluntad de Moisés.

III.

Hubo un día que oleadas de pueblos bramando de ira se abalanzaron sobre otros, amenazando devorarlo todo: esos pueblos nómadas, salvajes, partían de la Germania, de la Escandinavia ó de la Arabia, y como la culebra, que deja rastro por donde pasa, dejaban la muerte y esterminio en pos de sí. Pero inspirada la vieja Europa por la voz profética de Pedro el Ermitaño, se levantó como un solo hombre, se abalanzó sobre el Oriente repeliendo y escarmenando esas hordas furiosas, desenfrenadas, brotando puro de tanto estrago y esterminio, el cristianismo, redoma de milagroso bálsamo que purifica y sana la gangrena infiltrada en el cuerpo social.

Acosados los bárbaros hasta los montes escabrosos de que salieran, entregados al islamismo que los aparta de la sociedad; condenados á renunciar con despecho el trato de los que reconocen superiores en saber; bramando de rabia, se desbordan de vez en cuando revolviéndose en sus guaridas, como la fiera aprisionada, y ceban su furor en los cristianos indefensos, mansos corderos inmolados en holocausto del Señor.

Recientes son por desgracia los horrores que deploramos!.... Por millares han rodado las cabezas de los cristianos en Siria, y solo un hombre de esa raza ciega, descreída, ha levantado la voz para contener el furor de los drusos y condenar su sed de sangre.

Abdel-Kader, el hijo de la civilización francesa.

Gloria al árabe que abraza en su pecho la piedad cristiana.

Mas de doce mil cristianos han sido asesinados por los drusos en Siria; pero de ese río de sangre brotará la fuente de fé que aviva y fecunda los gérmenes del cristianismo.

El poder que repelió victoriosamente á los hunnos, castigará severamente á los drusos, y ni Leedja—el refugio—ni la hipócrita sumisión de los turcos les ha de salvar de aquel, y bien podemos decir que los horrores recientes son la indignación universal que borraré para siempre de la historia la raza mahometana.

IV.

El pueblo árabe, mahometano ó turco, llámese como se quiera para indicar la secta del falso Profeta, es el enemigo histórico de la civilización, es el enemigo declarado del cristianismo.

La morisca Granada; Córdoba, la ciudad de los jardines y las huries; Palestina, campos de fé cristiana; las sombras de Pedro Juliano y demás catalanes y castellanos que perecieron combatiendo al bárbaro Mahometo II, esterminador de la raza greco-romana; los mártires que yacen todavía sin sepultura, y los verdes y victoriosos laureles alcanzados recientemente en las inhospitalarias playas de Africa contra los infieles, confirman nuestro doloroso aserto.

Pero la civilización, que es el cristianismo, avasallará de una vez la altiva media luna, y difundiendo la luz con igual fulgor por todo el universo, cesará el fanatismo religioso; entronizando las virtudes cristianas, el hombre reconocerá en el hombre á su hermano; la caridad abrirá la puerta al peregrino que llega descalzo á los Santos Lugares á cumplir un voto sagrado, y la piedad se albergará en todos los corazones; todos adorarán al Criador, y realizándose la unidad de Dios y de la especie humana en una gran familia y un padre comun, vendrá la perfección del género humano, la gloria del cielo.

V.

No dudeis, bondadosos niños, del triunfo del cristianismo: podrá tardar, pero es infalible! En tanto ejercéis la caridad con nuestros hermanos de Siria, y no los olvideis en vuestras preces.

Faustino BASTÚS.

LA PUREZA EN LA INOCENCIA.

La sonrisa, bello esmalte en labios de la inocencia, refleja en el sentimiento la imagen de un alma que vive todavía en el soplo de la creación, que habita dentro del primer cielo, que vuela como ángel en alas de la pureza, y lleva en su movimiento el armonioso ruido de los espíritus, que cruzan sin cesar alrededor de la

majestad increada. Cuando yo contemplo á los niños, ya en sus inocentes juegos, ya en sus sencillas tareas y en grupos variados, me olvidado en aquellos momentos que hubo noche en el pecado, que se escondió avergonzada la primera luz, que se turbó la general armonía, desapareciendo todo lo bello en los cielos y en la naturaleza. Sí, inocentes criaturas; para vosotros dura aún todavía la regularidad del primer diseño; para vosotros todo es concierto, todo es armonía: vosotros, en la inocencia, á nada dañáis, y nada se atreve á dañaros: así que vuestra alma en la pureza aparece bella á los ojos de Dios, como el alma del Justo en la perseverancia, como los tabernáculos del Cedar, como la paloma que desciende á la orilla de las aguas: las miradas de Dios se detienen sobre ella con mucho amor.

¡Dichosa es vuestra alma, y jamás su pureza sea manchada por nada!

Conservad pues, niños, vuestra alma en la pureza; porque si posible os fuera leer en la historia de las edades segundas, veríais que mientras pasiones ardientes agitan á los hijos del mundo, vuestra alma está llena de calma y adormecida en el seno de Dios, que dice como al alma del Justo: «No despertéis á mi bien amada; no turbeis su sueño, hasta que ella se despierte por sí misma.»

Casimiro CLAVIJO.

LA PACIENCIA.

Dos muchachas, Brígida y Bárbara, iban á un mercado llevando cada una de ellas un cesto muy pesado lleno de fruta encima de la cabeza.

Brígida murmuraba y suspiraba continuamente; Bárbara, al contrario, se divertía y reía.

Brígida admirada la preguntaba: «¿Cómo puedes reírte? Tu cesto es tan pesado como el mío, y tú no tienes más fuerzas que yo.» Bárbara contestó: «He colocado en él una yerbecilla que apenas me deja sentir su peso. Hazlo tú así.»

«¡Ah! repuso Brígida, debe ser una yerba muy preciosa. De buena gana la pondría tam-

bien en mi cesto, si me quieres decir cómo se llama.»

Bárbara la respondió: «La preciosa yerbecilla que aligera todas las cargas se llama *paciencia*».

EL ECO.

El niño Jorge no sabía lo que era el eco. Un día gritó en medio de una pradera: «Oh! oh!» Y en seguida oyó repetir al próximo bosque: «Oh! oh!» Lleno de admiración, dijo en el acto: «¿Quién eres tú?» La voz le replicó también: «¿Quién eres tú?» Entonces, incomodado, repuso: «Eres un tonto!» «Tonto!», repitió el bosque á lo lejos.

Más encolerizado cada vez, Jorge continuó dirigiendo iguales ó peores palabras. Pero todas le eran fielmente devueltas. Recorrió en seguida todo el bosque para buscar al fingido muchacho y vengarse de él; mas no halló á nadie.

Corrió entonces Jorge á su casa y se quejó á su madre de que un muchacho muy malo se había escondido en el bosque y le había injuriado. Pero su madre le contestó: «Jorge, estás engañado y te quejas de tí mismo. Sabe que solo has oído tus propias palabras; pues lo mismo que siempre que quieras puedes ver tu cara en el agua, así siempre que te acomode puedes hacer repetirse tu voz en el bosque. Si le hubieras dirigido dulces y halagüeñas palabras, dulces y halagüeñas te las hubiese devuelto.»

Así sucede siempre, que el comportamiento de los demás para con nosotros es solo un eco del nuestro. Si somos amables para ellos, los hallaremos también amables; pero si somos rudos y groseros, no tenemos derecho á esperar mejor comportamiento por su parte.

José S. BIEDMA.

EN LA AURORA DE LA VIDA.

Por los valles más frondosos que encantos al alma ofrecen, corriendo van afanosos muchos niños tan hermosos, que del cielo me parecen.

Y suspenden su carrera,
al ver que por la pradera
del alto monte vecina,
cruza suave y placentera
una fuente cristalina.

—Llegad!...—les dice un anciano
que junto á la fuente mora.—
Bebed, y no será en vano,
que el manantial es muy sano
y el agua consoladora.

UN NIÑO.

Si apaga la sed ardiente.....

ANCIANO.

Y ella da luz á la mente
y fuerzas al corazon.

EL NIÑO.

¿Cómo se llama la fuente?

ANCIANO.

La fuente de la razon.

Que pronto á la edad llegásteis
en que os la brinda el destino;
y es que el paso acelerásteis,
porque entre flores hallásteis
fácil y hermoso el camino.

Todos corren; no es extraño,
que van de engaño en engaño
tras una sombra perdida,
con que sueñan por su daño
en la aurora de la vida.

Y así, de la bella infancia
van olvidando hasta el nombre,
y en su pueril inconstancia,
les enoja la distancia
que existe del niño al hombre.

EL NIÑO.

¿Tenemos mucho que andar
para poder penetrar
en los misterios del mundo?

ANCIANO.

Si al fin habeis de llegar,
cese vuestro afan profundo.

¿No mirais con pesadumbre
el monte que el valle cierra?....
Que la ilusion no os deslumbre,
que á trasponer vais la cumbre
Con mil pasiones en guerra.

Siempre abrasa en la subida
el sol de la juventud;
cuidad de no ver perdida
con la aurora de la vida
la senda de la virtud.

Y andad, niños, que ya os dejo,
aunque el alma bien lo siente;
nunca olvideis el consejo
que os ha dado el pobre viejo
que hallásteis junto á la fuente.—

Y allá van!.... en su conciencia
oyendo la voz sentida
con que advierte á su inocencia
la bienhechora experiencia
en la aurora de la vida.

Eduardo BUSTILLO.

DOÑA ISABEL LA CATOLICA Y D. FERNANDO DE ARAGON.

I.

Pocos acontecimientos pueden citarse en nuestra historia que tengan tanta importancia como el matrimonio de estos príncipes, de que se derivó despues toda nuestra gloria y grandeza en el interior y exterior. Aun prescindiendo de los grandes hechos que por sí mismos llevaron á cabo, gloriosos frutos de sus armas y de su política, supieron aprovechar de tal manera las ventajas con que el cielo bendijo su union, que solo por este motivo mereceria siempre ser citado este enlace como uno de los más fecundos en resultados, de los más notables en consecuencias, y de los más dignos, en fin, de consideracion entre los que se hallan en los anales de nacion alguna.

La fatalidad hace que este suceso no sea suficientemente conocido todavía. Nuestros historiadores han hablado de él con harta ligereza, y el ilustrado Clemencin, uno de los que más profundamente y con más acierto han estudiado y hablado de los hechos de aquella célebre reina,



HEMEROTECA
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid

no pudo decir más de lo que sabía; y aunque fuese un hecho para su época, era demasiado poco para la nuestra. Entonces se ignoraba una cosa que hoy es una verdad, y lo será más con el tiempo, que la historia solo se escribe bien sobre los documentos: el prurito de copiar libros, único recurso por otra parte que queda á nuestros escritores, no puede hacer más que presentarnos cubierto con nuevos velos lo que velado vimos ya desde el principio.

Los documentos, aunque espuestos á interpretaciones, tienen siempre la ventaja del original respecto al retrato, que si bien cada

pintor le idealizaria á su manera, de la comparacion de estos ideales resultará siempre el tipo fiel, que además subsiste en el escrito que sirve de dato ó punto de partida. Nos son desconocidos los pormenores del matrimonio de los Reyes Católicos, como muchos de los acontecimientos de su reinado, que sin duda se encuentran en el Archivo de Simancas con todos los papeles relativos á estos monarcas. En ellos abundarán preciosísimas noticias, y á pesar de haber traslucido algunas que pudiéramos referir, las omitimos por el carácter de esta publicación.



Pasaremos también por alto el estado de Castilla y Aragon en los momentos en que estos príncipes enlazaron sus manos. La anarquía más completa, consecuencia de la debilidad del rey, dominaba en la futura herencia de Isabel; y aunque algun orden existiera en los estados de Fernando, por el carácter decidido de su padre, la ambicion y las rivalidades entre hijos de diferentes mujeres, no tenían á Aragon mucho más pacífico que á Castilla. De estas disensiones en ambos estados nacieron los diferentes contratos que mediaron para el casamiento de estos príncipes; tratos hechos, rotos, y vueltos á hacer, y que si llegaron á completa realizacion,

fué solo por uno de esos acontecimientos providenciales en su fondo, aunque en la apariencia tengan bastante de aventureros.

Desde su más tierna edad, á los seis años, estaba Isabel de Castilla destinada á casarse con D. Fernando de Aragon. En 1459 se habian avistado D. Enrique con D. Juan, padre de su esposo, y concertaron esta boda; pero el auxilio que el primero prestó al desgraciado príncipe de Viana, y la parte activa que tomó en las rencillas que con este motivo se verificaron en Aragon, produjeron el rompimiento de estas capitulaciones, que el castellano se habia ya apresurado á romper, ofreciendo la mano de su

hermana al citado príncipe D. Carlos en 1460. Otro pretendiente tenia entonces Isabel en Carlos, duque de Berg, hijo del rey de Francia, á quien halagaba con política, aunque desechara en su interior Enrique, que llevó tan adelante las negociaciones con el de Viana, que mediaron embajadas, no solo de parte del príncipe, sino de sus defensores los catalanes.

La muerte de D. Carlos puso término á un proyecto cuya realizacion era muy difícil, si no imposible. Aunque su padre no se hubiese opuesto, un numeroso partido trabajaba en Castilla en contra suya, y al frente de este partido se hallaba el almirante, padre de la reina de Aragón, que preferia el enlace con su nieto á cualquiera otro que pudiera presentarse. Multitud de peripecias ocurrieron con este motivo; pero firmemente apoyado en Castilla D. Fernando de Aragón, no tardaron en volverse á renovar los conciertos matrimoniales, quedando terminadas y estipuladas las condiciones del casamiento en 1462.

Pero nuevas complicaciones políticas desbarataron este reanudado proyecto. Proclamado D. Enrique de Castilla conde de Barcelona, después de la muerte del príncipe D. Carlos, por los catalanes rebelados contra D. Juan, púsose este en guerra contra el castellano, que formó un ejército para tomar posesion de sus nuevos estados, y entonces se volvió á romper la capitulacion nupcial de los príncipes, tratando de casar á Doña Isabel con D. Alonso de Portugal, hermano de la reina de Castilla. Protegió esta el contrato, le admitió el rey, é hizo un viaje el portugués; mas por primera vez, á pesar de que solo contaba trece años, se negó Isabel con una prudente y política respuesta.

Manuel OVILO Y OTERO.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE 1860.

Más numerosa esta exposicion que la de 1858, se resiente de la indulgencia de la comision: contiene muchos cuadros de primer orden; pero los más están desprovistos de sentimiento artístico.

Como no es nuestro ánimo hacer una revista minuciosa, pasaremos por alto los cuadros que no merecen la aprobacion general, y nos concretaremos á los que podemos llamar con bastante propiedad, joyas del arte divino de Rafael y de Murillo.

El cuadro que entre todos llama la atencion general y que debe llenar de satisfaccion á su jóven autor—pensionado en Roma,—es el que representa la muerte de los comuneros Brabo, Padilla y Maldonado, original de D. Antonio Gisbert.

El asunto es de suyo grandioso y digno de ser reproducido por el pincel, como lo ha sido por la pluma: el momento elegido para representarle, obedeciendo á los preceptos estéticos, el más culminante de la historia que le ha inspirado, es el del sacrificio, el instante de la prueba, del heroismo, el de la santificacion de la idea.

Compuesto el cuadro con detenido estudio, con sobriedad en las figuras, y perfectamente agrupadas, descuella entre todas el héroe principal del drama, Padilla; su cabeza es noble, valiente, enérgica, cristiana y simpática; su rostro espresa el sentimiento de que está poseído; acaba de ver rodar la cabeza de su buen amigo Juan Brabo, que pidió ser ejecutado el primero, y que le recomendara la mansedumbre cristiana y el olvido de las mundanales miserias, y se prepara á morir, esperando llegará el dia en que triunfe la santa libertad por que muere. La cabeza de Padilla, como nos la presenta el Sr. Gisbert, bastaria á cualquier artista para adquirir debidamente el título de pintor de historia, si lo correcto del dibujo, la composicion, el rico colorido y los pormenores con que esmalta sus cuadros el artista que nos ocupa, no se lo hubiesen ya otorgado al pensionarle.

El cuerpo del capitán Brabo está colocado con una propiedad, que vence el repugnante aspecto de la sangre, y con gran verdad nos presenta tambien el ayudante del verdugo, cortando las cuerdas con que le ataran las manos antes de la ejecucion, perfectamente escorzado para que se vea en segundo término al ofician-te, que muestra al pueblo la cabeza ensangren-

tada. Algunos pretenden ver cierta altanería en Maldonado, que sube las gradas del patíbulo, y poca fé y unción evangélica en el fraile que le exhorta. Sin duda que el artista ha querido establecer contraste entre el fraile que cumple solo con su deber, y el que obra á impulso de un sentimiento profundo, como es el que asiste á Padilla, revelándolo en la piadosa mirada que le dirige. Este fraile, de figura grave, de fisonomía dulce, colocado de perfil, con los brazos caídos uno sobre otro, con el libro de oraciones, respira unción evangélica, es la fiel imagen del piadoso sacerdote.

Los detalles de composición, el altar, el pueblo en último término, el cielo con débiles celajes, purísimo como el ambiente, son de por sí un bellissimo cuadro, digno de premio. Así lo ha considerado el jurado al adjudicarle el de primera clase, y sentimos vivamente que por dos votos no haya reunido el Sr. Gisbert las dos terceras partes de los que exige el reglamento para conferirle la medalla de honor. Pero el orgullo del artista debe estar cumplidamente satisfecho al ver reproducido y encomiado su precioso cuadro en *La Ilustración* francesa, y al considerar que sincera y espontáneamente acuden sus admiradores á cubrir la suscripción abierta para regalarle una corona de oro.

El cuadro del Sr. Casado, que representa la aparición de las sombras de los hermanos Carvajales al rey Fernando IV de Castilla, es otro de asunto histórico que llama la atención, y que ha sido considerado por el jurado digno del premio de primera clase. Las figuras de los dos hermanos están ejecutadas con maestría; la composición es sóbria y sencilla, el dibujo correcto, el color rico y transparente: la figura del joven rey, *el Emplazado*, su postura es algo violenta, y en los accesorios del cuadro se permite el señor Casado algunas libertades, que le hacen separarse de la verdad; pero estos defectos deben perdonarse en gracia de la bondad general de la obra.

En otro cuadro nos presenta á Semíramis, que es un bellissimo estudio del natural.

El cuadro del Sr. Manzano, que representa los Reyes Católicos dando audiencia pública para

administrar justicia, ha merecido del jurado el premio primero de segunda clase.

Asunto poco dramático, de poco interés histórico, está dispuesto con propiedad. Cada figura ocupa el lugar y posición que le marca la historia. Lo más notable de este cuadro, su belleza principal, es el colorido. Este sobresale en todos los lienzos que ha expuesto. El boceto que ha adquirido el Sr. Duque de Montpensier, *el adios para siempre*, que rebosa ternura y sentimiento, y una estatua del natural, son pruebas inequívocas de que es un gran colorista. Asunto pobre de por sí, lo ha esmaltado el señor Manzano con la perfección de los accesorios y detalles del cuadro: tienen un carácter de época, que revela á la simple vista; abundan más las bellezas que las incorrecciones.

La Libertad é independencia, del Sr. Sanz, no espresa con verdad la idea que ha querido desenvolver; falta en el cuadro la expresión del sentimiento nacional que animaba á España en aquellos días de gloria; no nos presenta el momento culminante como debiera, y en la unión del pueblo, la nobleza y el clero no simboliza la victoria de aquel, ni un fin determinado. Por lo demás, tiene trozos sumamente buenos en colorido, dibujo y composición, como es, entre otros, el grupo que rodea el cañón.

Este cuadro ha sido considerado también por el jurado digno del premio primero de segunda clase.

La tia fingida, del Sr. Llanos, representa la primera escena de la novela de Cervantes que lleva aquel título: el pintor ha sabido, con la maestría que le distingue, interpretar la intención del autor, y nos presenta tipos que no rechazaría el manco de Lepanto. El cuadro del señor Llanos es de mayor valía considerado en sus detalles que en conjunto, no porque el color, el dibujo y la composición dejen que desear más vigor y corrección, sino por la dificultad de representar la escena que le ha inspirado, y no la representación sintética de los caracteres y espíritu de la novela. Ha merecido el premio segundo de segunda clase.

El cuadro de actualidad del Sr. Esquivel, que representa un asistente en el acto de entregar á

la familia la maleta de su amo, que ha muerto en la guerra de Africa, tiene sentimiento, ternura, y están correctamente dibujadas las figuras, resultando con todo alguna frialdad impropia del asunto. Ha sido considerado por el jurado digno del premio segundo de segunda clase.

El mejor cuadro del Sr. Mercadé es el de las hermanas de la Caridad ejerciendo su sagrado ministerio —adquirido por el Sr. Duque de Montpensier;— es una composicion bellísima, que rebosa poesia y unción cristiana: baste para hacer su apologia, que cautiva la atención general.

Tambien es de muy buen efecto el juguete en que nos presenta una jóven provinciana en el acto de entregar una carta de recomendacion.

El menos propio es el de *las Meninas*, y lo atribuimos á que se aparta de la verdad histórica.

El cuadro de la muerte del rey D. Sancho en el cerco de Zamora, del Sr. García, aun cuando no está pintado con la maestría que sabe hacerlo este artista, y que es demasiado materializado, tiene á trozos perfecto colorido y buen dibujo.

El cuadro del Sr. Rodriguez, que representa una barca conduciendo heridos del ejército de Africa, tambien está dotado de ternura y sentimiento, tiene más calor, y es en todo una bellísima composicion.

El Sr. Rodriguez Guzman ha presentado escenas del pueblo andaluz, ejecutadas con suma gracia, desenvoltura y rico colorido.

Del mismo género son los cuadros del señor Fierros, que representan las costumbres, tipos y trajes de los hijos del Norte de España. Cuadros llenos de bellezas, fueron adquiridos al abrirse la exposicion.

En los cuadros mitológicos ó de estudio natural desnudo, es digno de notar el del Sr. Gomez y Cros, que representa *la creacion de Venus* saliendo de la espuma del mar, inspirado por una poesia del Sr. Martinez de la Rosa.

No son menos dignos de mencion los artistas de este género Sres. Acosta, Puebla y algun otro.

Entre los cuadros de interiores ó pintores de

estension, propiamente llamados, figura el crucero de la catedral de Toledo, por el lado que da entrada á la capilla mayor, visto desde fuera de la iglesia por la puerta de la Feria. Este cuadro es del Sr. Gonzalvo: en él se halla perfectamente desarrollada la perspectiva, estando el punto óptico fuera de la iglesia. El color es brillante y rico, pastoso y trasparente, apropiado á los tonos; los golpes de luz son admirables; el Cristo que se vé al través de la reja de la capilla mayor es de magnifico relieve, y todo el cuadro, en fin, está pintado con mano maestra y conocimiento del arte. Se le ha conferido premio de primera clase.

El interior de la iglesia de San Isidro, expuesto por el Sr. Tomé, es un cuadro admirable por la verdad de los tonos, la exactitud de la perspectiva, la acertada ejecucion, y la perseverancia que ha tenido para terminar su complicada obra. Ha sido agraciado con premio de segunda clase.

De los paisajistas ocupa el Sr. Haes el primer lugar, y á buen seguro que no se le disputará ninguno de sus émulos.

Los nombres de Gisbert y Haes se unen entre los exponentes en inseparable consorcio: si el primero merece premio por *Los comuneros*, le merece tambien el segundo por sus cuatro preciosos paisajes.

El mejor, el más perfecto de los cuadros del Sr. Haes, es el que titula *un paisaje de Bélgica*. Está pintado con vigor y frescura en las tintas; el celaje está velado por diáfano vapor; el tronco roto y medio enterrado en la pradera, está acertadamente reproducido; las arboledas lejanas, la tranquilidad de las aguas de la laguna, las nubes reflejándose en ellas, y otras mil preciosidades que dejamos de apuntar, forman este precioso cuadro. Ha merecido del jurado el premio de primera clase.

El segundo es copia de un país de la costa del Mediterráneo, cerca de Málaga, visto en dias de calma. A la vista de ese lienzo se siente el calor sofocante que domina en esa region, se ve la niebla que se levanta y llena el espacio, y hasta parece que falta aire, que se embarga la respiracion.

El Sr. Rico, autor de dos cuadros de hermoso color, valentía y franqueza en la composición, resintiéndose, con todo, de falta de poesía ó excesiva realidad, ha merecido premio de tercera clase.

Una vacada, del Sr. Eder, es sumamente agradable, siendo sóbrio en color y entendida la composición.

El Sr. Martí y Alima ha expuesto un paisaje rico en color, y que contiene bellezas de primer orden. Ha merecido premio de segunda clase.

Ha sido también agraciado con premio de tercera clase, por su país, el Sr. Belmonte.

Son dignos de mención también, entre los paisajistas, los discípulos del Sr. Haes, señores Araujo, Riancho y Criado.

Los mejores cuadros retratos de la exposición son los del Sr. Hernandez, traslado el uno de la señorita L. G. B., y de Doña E. P. G. de B. el otro: ambos reúnen elegancia, naturalidad, perfecto dibujo y agradable colorido.

No terminaremos esta desaliñada revista sin hacer mérito de los jóvenes artistas Valdeperas, Maureta, Reigon, Aznar, Vallespin y algún otro que han expuesto cuadros dignos de aprecio y llenos de bellezas.

Son notables también los grandes lienzos de la coronación de Quintana, del Sr. Lopez, y el casamiento de la Infanta, del Sr. Galofre.

Entre los grabados son dignos de particular mención los Sres. Alabern, Pi y Margall, y Martinez, que ha sido premiado por la Concepción de Murillo.

En cuanto á escultura, poco ó nada se ha aumentado el catálogo de la exposición de 1858.

Fastino BASTÚS.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

La meditación profunda acostumbra al alma á vivir más allá de su cubierta corporal. Ella le prepara para la vida futura.

Para que la vida sea agradable es menester vivir con prudencia.

(Epicuro.)

Que la juventud sea sensible á la estimación y á la vergüenza de sus faltas, y se tendrá mucho adelantado para la educación. La vergüenza les servirá de castigo, y la estimación tendrá lugar de recompensa.

La mentira más sencilla jamás carece de inconvenientes; el artificio es siempre peligroso, y casi siempre perjudicial.

La virtud es parecida al almizcle, cuyo perfume se deja percibir aunque sea al través de las más compactas cajas de madera de sándalo.

La pereza mata la gloria.

Nada más fácil, nada más común que criticar; nada más difícil que hacerlo oportuna y acertadamente.

El hombre ha nacido para trabajar, así como el pájaro para volar.

(Sagrada Escritura.)

No permitas que tu lengua corra delante de tu pensamiento.

Todo el arte de educación consiste en discernir con exactitud las faltas por temperamento, de las en que se incurre por ignorancia, de aquellas otras que se cometen por malicia, para oportunamente aplicar á cada una el correspondiente reactivo.

La ofensa más sensible es ser ofendido por un amigo.

El aseo es con relación al cuerpo, lo que la decencia á las costumbres.

El pudor de una joven es la flor de un tierno arbolito que promete excelentes frutos. Hacerla caer es destruir el germen de mil virtudes, destruir la esperanza de la sociedad, ultrajar la naturaleza. ¡Cuántos atentados á la vez!

El pudor suple á la hermosura.

El pudor hace á la hermosura lo que el busto

del Príncipe á la moneda; le da autoridad y realce.

LA NIÑA Y LA FUENTE.

FÁBULA.

Llena de incauta alegría
cruzaba una niña un prado,
flores tronchando á porfía
sin compasion ni cuidado.
Y si alguno murmuraba
al sentir la ingrata huella,
el viento le contestaba:
«déjala, porque es tan bella.....»
Y así la niña engreida,
al llegar ante una fuente,
quiso admirar en seguida
su hermosura en la corriente.
«¡Cuán bella soy! dijo al fin:
así me rinden amores
las brisas de ese jardín,
los perfumes de estas flores.
¡Quién por mí no sufre y lucha
al verme cual me soñó!»
y el aura le dijo: «escucha;»
y la fuente dijo: «yo.»
Llena la niña de enojos
al sentir tales agravios,
con el fuego de sus ojos
secó la risa á sus labios.
Mientras la fuente entre violas
feliz tan solo con verlas,
salpicaba sus corolas
con mil purísimas perlas.
Lo que á la niña hizo ver
aun en su dolor profundo,
que es el don mayor del mundo
la modestia en la mujer.

Sebastian de MOBELLAN.

LE PRÉSENT ET L'AVENIR.

Les hommes passent comme les fleurs qui s'épanouissent le matin, et qui le soir sont flétries et foulées aux pieds. Les générations des hommes s'écoulent comme les ondes d'un fleuve

rapide; rien ne peut arrêter le temps, qui entraîne après lui tout ce qui paraît le plus immuable. Toi-même, ô mon fils: mon cher fils, toi-même qui jouis maintenant d'une jeunesse si vive et si féconde en plaisirs, souviens-toi que ce bel âge n'est qu'une fleur qui sera presque aussitôt séchée qu'écloso: tu te verras changer insensiblement; les grâces riantes, les doux plaisirs qui t'accompagnent, la force, la santé, la joie s'évanouiront comme un beau songe; il ne t'en restera qu'un triste souvenir; la vieillesse languissante et ennemie des plaisirs viendra rider ton visage, courber ton corps, affaiblir tes membres, faire tarir dans ton cœur la source de la joie, te dégoûter du présent, te faire craindre l'avenir, te rendre insensible à tout, excepté à la douleur. Ce temps te paraît éloigné. Hélas! tu te trompes, mon fils; il se hâte, le voilà qui arrive: ce qui vient avec tant de rapidité n'est pas loin de toi, et le présent qui s'enfuit est déjà bien loin, puisqu'il s'anéantit dans le moment que nous parlons, et ne peut plus se rapprocher. Ne compte donc jamais, mon fils, sur le présent; mais soutiens-toi dans le sentier rude et âpre de la vertu, par la vue de l'avenir. Prépare-toi, par des mœurs pures et par l'amour de la justice, une place dans l'heureux séjour de la paix.

ARTE DE BORDAR.

I.

DEL DIBUJO DE LOS BORDADOS.

Sea la que quiera la clase de los bordados, es necesario siempre arreglarse por *dibujos* preparados ó dispuestos de antemano. Estos dibujos, ó se hacen sobre la misma tela que ha de bordarse, ó se pintan sobre un papel fuerte. En este segundo caso, aplicable solamente cuando la tela se trasparente, se fija la tira de papel por debajo de la tela en el paraje conveniente con puntadas largas, y cuando se ha concluido de bordar la parte ó trozo dibujado, se descose el papel para volverlo á coser en seguida adonde corresponda al dibujo.

El otro método consiste en *dibujar* sobre la



misma tela; es más pesado, pero es más cómodo y seguro para bordar; y en telas tupidas y fuertes es indispensable, porque no se pueden trasparentar.

Para este dibujo en la tela se usa del *picado*, el cual se practica de este modo: se toma el papel en que está pintado ó grabado el dibujo que se quiera bordar; se siguen todas sus líneas y trazos, haciendo agujeritos muy aproximados los unos á los otros con una aguja fina, á la que se forma una cabecita con cera para que no dañe el dedo. Despues de pintado se coloca el dibujo sobre la tela, evitando el roce ó frote de uno con otro para que no se cierren los agujeros: se toma un pedacito de tela bastante clara, en el que se echa polvo de lápiz muy fino, y se ata bien apretado, formando una *muñequita*, que se va pasando y sacudiendo ligeramente por encima de los contornos picados; penetrando el polvo al través de los agujeros, queda reproducido el dibujo.

Como el polvillo no se adhiere bien á las telas y se borra con facilidad suma, es conveniente recorrer el dibujo *estarcido* con una pluma ó lápiz para bordarlo con comodidad.

Para salvar este inconveniente se ha empleado con buen éxito el polvo fino de resina, y el uso es el siguiente: picado el dibujo, se coloca sobre la tela, y se esparce sobre el contorno la resina, se pasa una plancha caliente sobre él, y quedan los trazos indeleblemente marcados.

Para telas negras ú oscuras se usan los polvos de albayalde.

Recomendamos el primer método.

Se reproducen tambien los dibujos en las telas espesas, interponiendo entre estas y el dibujo un papel *plastique* de color azul, rosa, etc.; y recorriendo el contorno del diseño con un lápiz, punzon de marfil ú otro cuerpo fino, quedará fielmente reproducido el dibujo.

Para hacer los dibujos que han de ponerse debajo de telas transparentes, es preferible el papel ligeramente azulado ó verde, forrando este con papel blanco para que tenga alguna consistencia y sea más cómodo para trabajar.

Cuando la tela transparente se pone tirante sobre un bastidor, se coloca debajo de la tela el

papel dibujado, asegurándole solo con alfileres para que no corra de un lado á otro, y despues se van siguiendo todas las líneas con un lápiz, y algunas veces *embastillándolo* directamente para abreviar las operaciones.

De este modo se pueden dibujar los tafetanes, percal, etc.

En los números siguientes esplicaremos los diferentes bordados que se conocen, y que *ascienden á doce clases*.

HIGIENE DOMÉSTICA.

DE LA LIMPIEZA.

La falta de limpieza es un defecto que no admite disculpa: el agua es abundante y está en manos de todos el ser limpios. La continua evacuacion de nuestros cuerpos por la traspiracion hace preciso el mudarse de ropa con frecuencia; esto mismo produce la secrecion de los poros, tan necesaria para la salud, y cuando la materia que debia salir por la traspiracion se detiene en el cuerpo ó en la ropa sucia, ocasiona enfermedades.

La mayor parte de los males cutáneos tienen su origen comunmente en la falta de limpieza: es cierto que se pueden adquirir por infeccion, por el pobre modo de vivir, ó por el alimento mal sano, etc.; pero rara vez duran mucho cuando prevalece el aseo. A la misma causa podemos atribuir las diferentes especies de insectos que infestan el cuerpo humano, las casas, etc. Estos siempre se pueden destruir con la limpieza sola, y donde abundan, se debe con razon creer que no se cuida de ella.

Una causa comun de las calenturas pútridas y malignas es el poco aseo. Ordinariamente tienen principio entre los que habitan casas cerradas y pueras, en los que respiran un aire mal sano, los que hacen poco ejercicio, y visten ropas sucias.

En los parajes en que se junta mucha gente, es de la mayor importancia la limpieza, pues es bien sabido que las enfermedades contagiosas se comunican por el aire corrompido.

La gente del campo, en muchos países, mira

la limpieza con una especie de desprecio, y si no tuvieran en una situación libre sus casas, muchas veces sentirían los malos efectos de su abandono.

Si todas las personas, por ejemplo, después de visitar un enfermo, de manosear un cuerpo muerto, ó de tocar alguna cosa que pueda infestar, se lavasen antes de tratar á otros, ó de sentarse á la mesa, tendrían menos riesgo de ocultar la infección y de comunicarla á los demás.

La frecuencia de lavarse, no solo quita la porquería que está pegada al cutis, sino que promueve la traspiración, refresca el cuerpo, y vivifica los espíritus. ¡Qué fresco, qué cómodo y qué alegre se siente uno después de haberse lavado y mudado camisa, particularmente cuando se han dejado de hacer estas cosas al tiempo que se acostumbraba!

La práctica usada en los países meridionales de lavarse los pies, no deja de ser una parte muy estimable de la limpieza, que contribuye mucho á la conservación de la salud. Si se acostumbrase la gente á bañarse los pies y piernas con agua tibia por la noche, después que han estado espuestos al frío ó al agua todo el día, rara vez experimentarían los malos efectos que proceden de aquellas causas.

En un hospital ó enfermería donde no se tiene aseo, es más regular que enferme una persona sana, que el que se ponga buena la que está enferma.

Si la limpieza es necesaria para las personas que gozan de salud, lo es sin duda mucho más para los enfermos. Algunas enfermedades se pueden curar solo con limpieza, y la mayor parte se moderan con ella.

La limpieza siempre llama nuestra atención más que el adorno, y muchas veces se estima, aunque falte este, que es el mejor para los ricos y para los pobres, y en ninguno se puede dispensar.

Pocas virtudes son de más importancia que la verdadera limpieza, que debe cultivarse atentamente en todas épocas, y con particular cuidado en la primera edad

LA CUERDA.

Se puede usar de la cuerda en particular ejecutando con ella diferentes pasos: 1.º, el de *mar-cha*, que consiste en el salto regular por sobre ella, sujetándola por sus estremidades, y levantándola en semicírculo por sobre la cabeza, y rozando después ligeramente la tierra; se puede recorrer así un espacio considerable sin fatiga ni interrupción: 2.º, el del *paso corto*, levantando y cruzando alternativamente los pies: 3.º, el llamado *cruz de caballeros*, que se ejecuta cruzando ambos brazos sobre el pecho en el mismo momento en que la cuerda pasa por debajo de los pies, desenvolverlos, y volverlos á juntar con ligereza; la cuerda toma entonces un movimiento oscilatorio que la hace cruzar en diferentes direcciones, viéndola el espectador dilatarse, y en figura de cruz de Malta.

El modo más divertido de jugar á la cuerda es el de apostar á quién hará mayor número de veces las suertes espresadas.

Las *vuelatas dobles* consisten en hacer que pase dos veces la cuerda por los pies durante un solo salto. Un jugador diestro puede hacer doscientos sin parar ni perderse.

Las *vuelatas triples* son más difíciles y apenas se pueden ejecutar más de doce.

Las *cruces de caballero, dobles*, exigen una gran soltura de cuerpo y vigor en los puños.

Después de la cuerda en particular, ó en la que salta un solo individuo, sigue la de tres: dos muchachos alejados entre sí unos veinte pasos, tienen una cuerda un poco floja y á la altura de los que han de saltar, haciéndola girar rozando la tierra. Un tercero se coloca en medio á cierta distancia de la cuerda, en la cual entra cuando pasa por encima, saltando en el mismo momento que va á tocar en tierra para dejarla pasar.

Pueden ejecutarse todos los pasos dichos menos el de la *cruz de caballeros*.

Hay quien vence la dificultad de saltar en la cuerda que menean otros á un mismo tiempo que en la suya propia, sin tocar á aquella con los pies ni con esta: lo que solo jugadores muy diestros pueden conseguirlo.

Pero ya usando de cuerda propia, ya sin ella, desde el momento en que falta el jugador, sustituye á uno de los que agitan la cuerda, y este pasa á sustituir al del medio, á menos que se haya convenido en ceder el puesto á algunos de los compañeros que aguardan su turno de saltar.

Se llama *gran cuerda* aquella en la cual saltan muchos á la vez, y si son diestros pueden verificarlo tres ó cuatro, advirtiéndole que el menor paso falso hace perder el juego. Suele proporcionarse la rapidez de la cuerda á la habilidad de los saltadores, los cuales mandan que se acelere ó modere el movimiento con ciertos términos peculiares que varían según las provincias.



Por lo regular se tiene este ejercicio á cielo abierto, y ha de elegirse un terreno bien limpio, porque si no, al cabo de algun rato el movimiento rápido de la cuerda levantaría una espesa polvareda. Igualmente se cuidará de que no sea pedregoso, pues la cuerda, sacudiendo en una piedra, la arrojaría tal vez lejos y con violencia, con riesgo de graves accidentes.

El juego de la cuerda data de la mas remota antigüedad: estuvo en práctica entre los espartanos, romanos y otros pueblos posteriores.

Se cuenta de un escocés que daba hasta veinte saltos triples, y que contaba quince de cruz de caballeros.

Hace cosa de tres años que un norteamericano, Ofmann Coopern, hacia la delicia de sus compatriotas dando cien saltos sencillos en la cuerda y veinte dobles, alternados con los de cruz de Malta; pero todas esas habilidades se quedan muy atrás comparadas con las del primer saltador del mundo, Ángelo Dangieri, que no solo da mas saltos que el norteamericano,

sino que ejecuta las suertes en una pequeña tabla de un pié cuadrado, á la considerable altura de veinte pies de elevacion.

Entre nosotros ha llamado tambien la atencion por su ligereza y agilidad Paco Cifuentes, el cual corria mas de una legua sin perder el paso ni caer en renuncio.

Los nombres históricos que dejamos apuntados solo han de servir á los niños como ejemplo de que el hombre puede vencer los graves obs-

táculos que, en oposicion con su constitucion natural, vence la constancia y fuerza de voluntad; pero de ningun modo han de tomar norma para imitarlos, pues así como el ejercicio moderado desarrolla las fuerzas físicas, el esceso perjudica notablemente al

desenvolvimiento de la naturaleza y abre prematura tumba.

Los padres deben cuidar que sus hijos usen moderadamente este juego, que es algo violento, y por lo mismo perjudicial al que se entrega con esceso á él.

Las cuerdas son generalmente de cáñamo y del grueso de un dedo; las de lujo son cordones de lana ó de seda de color, y todos suelen estar provistos de unos manubrios torneados para que no molesten las manos.

ACERTIJO MORAL.

Quien me nombra me rompe.

(La solucion en el número inmediato.)

Solucion del acertijo anterior.

EL AMOR PROPIO.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Ramon Vicente.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.